

Genealogías feministas. Contribuciones de la perspectiva radical a los estudios de las mujeres

Fefa Vila

«Sería peligroso proponer una representación puramente teórica de la múltiple, heterogénea y compleja lucha de las mujeres. Pienso que el mejor modo posible de leer el pensamiento feminista hoy es dibujando un mapa, en vez de intentar clasificar.»

Rossi Braidotti (Patterns of Dissonance)

«Es gracias a nuestra lucha conjunta que lo que fue una blasfemia ha llegado a convertirse ahora en una banalidad.»

K. R. Stimpson (Women's studies today)

Introducción

La larga ausencia de las mujeres de los espacios donde tradicionalmente han surgido y se han articulado los discursos teóricos y la actividad política, en los hábitos del decir y del hacer que ha fabricado el mundo occidental, no significa literalmente que nunca hayan existido o no se haya establecido en ningún momento una tradición de pensadoras, activistas, escritoras, profesoras, científicas etc. Al igual que se han quemado archivos y se han destruido las huellas de importantes aportaciones intelectuales y artísticas a lo largo de los tiempos y en diferentes y ricas culturas, también podemos afirmar que la tradición socio-cultural de viejo cuño androcéntrico, y el falogocentrismo que la ha definido¹, se ha empeñado, a través de diferentes estrategias, en borrar e invisibilizar esta existencia. La existencia de nuestras antepasadas, es pues, igual que todavía hoy día, una historia devaluada, fragmentada, llena de agujeros y ecos que dificultan la labor de documentar la resistencia que han expresado las mujeres en diferentes momentos históricos. Sin embargo, y afortunadamente, es desde este contexto donde la reflexión feminista se desarrolla y adquiere todo su valor crítico, y también será muy importante aquí el papel que están desempeñando los estudios feministas o de las mujeres en diferentes universidades me refiero a su papel de estructurar, sistematizar, asentar y transmitir los esfuerzos intelectuales de las mujeres y la tradición teórica feminista.

Son muchas y de distinta naturaleza las razones que explican la omisión de las ideas de

las mujeres de la historiografía dominante, razones que han sido examinadas y recogidas por la reflexión feminista de las últimas tres décadas; razones que se exponen en los ya clásicos «*El segundo sexo*» (1946) de Simone de Beauvoir, «*Male and female*» (1949) de Margaret Mead o «*Woman's consciousness, man's world*» (1973) de Sheila Rowbothan hasta en «*Feminist studies/critical studies*» (1986), «*Reflexiones sobre género y ciencia*» (1985) o «*In other worlds: Essays in cultural politics*» (1987) de autoras actuales, como Teresa de Lauretis, Evelyn Fox Keller y Spivak respectivamente. Desde los diferentes feminismos, tanto los que se establecen en la tradición de la teoría crítica, en el feminismo de la diferencia sexual como los enraizados en las teorías posestructuralistas y posmodernistas, se coincide en la necesidad de narrar y hacer visible un pasado en femenino que sistemáticamente ha sido condenado al ostracismo intelectual —mediante la fórmula antinómica que se instaura entre el pensamiento y lo femenino— y al confinamiento socio-espacial —reduciéndolas al ámbito de lo privado—.

Será necesario pues, analizar las causas que han construido al sujeto femenino como un «sujeto silencioso», paradójicamente como un «no-sujeto». Las mujeres en este acervo de prácticas y discursos totalizadores y excluyentes serán definidas siempre como inferiores, como seres colgantes, suspendidos entre una cosa (el cuerpo, la naturaleza, la animalidad), y la razón; la racionalidad (acción de utilizar la razón) será representada como un atributo casi de origen divino y sólo estará presente en los hombres a través de una herencia fálica transmitida de padres a hijos; a través de una historia (su historia) bien documentada. De esta manera tal como describen las tradiciones psicoanalítica y antropológica, la metáfora paterna funcionaría como una práctica de legitimación que perpetúa el conocimiento y el poder masculino, y no solamente actúa excluyendo a las mujeres, sino que sobre todo llama la atención que además se incluye a las mujeres dentro de las relaciones de intercambio de valor, quedando reducidas a un objeto negándoles la posibilidad de producir sus propios valores.

La ausencia de las mujeres de la historia de las ideas es, sin embargo, el signo de una exclusión mucho más amplia del género feme-

nino, es la exclusión de la subjetividad femenina (de sujetos mujeres) y consecuentemente de sus derechos, en términos políticos, económicos y simbólicos. De aquí que una de las tareas principales del pensamiento feminista, aun teniendo en cuenta la multiplicidad y dispersión de su corpus intelectual, será el deconstruir los discursos dominantes sobre los que ha vivido este enunciado «no-sujeto-femenino»; no sólo se reescribirá la historia, sino que a la vez se propondrán nuevos modos de pensar acerca de la cultura, el lenguaje, la ética o el conocimiento en sí mismo.

Sin duda alguna, uno de las tradiciones feministas más activas es la que surge a finales de los años sesenta y principios de los setenta en los EE.UU, será el llamado feminismo radical o también la segunda ola del feminismo². Pensamiento y práctica imbricados en un período convulsivo y crítico que tendrá estrechas y largas influencias en buena parte de la agenda feminista que se desarrollará posteriormente a un lado y a otro del Atlántico.

Itinerario del feminismo radical: deseos de una revuelta cultural en femenino.

La segunda ola del feminismo significa uno de los momentos más intensos de la lucha de las mujeres. Tal como nos cuenta Adrian Rich es, sin duda alguna, uno de los movimientos sociales más revolucionarios del siglo XX y que ha dado lugar a una producción teórica imprescindible para entender en buena parte no sólo los nuevos textos feministas, sino también la situación y los logros sociales que hoy las mujeres disfrutamos.

En las obras de Rosa Luxemburgo, Engels, Bebel o Kollontay escritas a finales del siglo XIX quedaron reflejados los acuerdos y alianzas que en ese momento se establecían entre el movimiento obrero y las demandas de las mujeres (aunque no siempre de una manera positiva para éstas), siendo éste uno de los primeros impulsos en el desarrollo del pensamiento feminista. Será a través de la epistemología marxista y libertaria, y a través de sus conceptos más revolucionarios, desde donde se comienza a asentar el feminismo que se

desarrollará en la siguiente centuria³. Las relaciones entre capitalismo y patriarcado, entre los modos de producción y las estructuras de ciudadanía, la noción de clase e incluso la idea de doble militancia surgen al unísono que se desarrolla la teoría marxista. Sin embargo, a finales de los sesenta tanto en Europa como en los EE.UU el entendimiento entre feministas y marxistas revolucionarios rara vez supondrá una relación pacífica y cooperante. De hecho, la actividad política del movimiento de mujeres tendrá una doble actuación; por una parte es una revuelta contra la ideología patriarcal burguesa y su orden socio-económico, pero por otra parte, y unánimemente, también se estará cuestionando los programas políticos y revolucionarios propuestos por la ideología marxista, que aunque radical, se verá insertada en las estructuras más profundas del ejercicio de la dominación masculina. El feminismo radical conceptualizará esta dominación, como «dominación patriarcal», siendo ésta, la opresión principal que sufrirían todas las mujeres del mundo.

En este sentido, las mujeres de la segunda ola constituirán la primera generación que toma y tiene conciencia a la hora de rechazar todos los modelos culturales que hasta ese momento se le habían impuesto, incluso los más revolucionarios. Serán «unas malas e irreverentes alumnas», nada agradecidas hacia aquellos que las «formaron» política e intelectualmente, y será precisamente a través del rechazo de las meta-narrativas regias que hervían en el candelero intelectual progresista del momento, cuando a este movimiento se le añade el calificativo de «radical». En este ambiente y problematizándolo más si cabe, aparecerán las obras de: Kate Millett (1973), «*Política Sexual*»; Shulamith Firestone (1971), «*Dialéctica del Sexo*»; T.G. Atkinson (1974), «*Amazon Odyssey*»; Juliet Mitchell (1971) «*Woman's State*, entre otras⁴.

Aunque las autoras anteriormente citadas son las más reconocidas dentro de esta tradición feminista, sería limitar el conocimiento heterogéneo que produce al mismo tiempo el feminismo y al feminismo radical, si nos ciñéramos aisladamente a las obras de estas escritoras. Aunque sin restarle importancia a sus contribuciones, las tendríamos que relacionar con el entusiasmo y ardor contestatario de los grupos que conforman la Nueva Izquierda nor-

teamericana, y más en concreto con los movimientos estudiantiles, anticolonialistas y el emergente *black power*. Tampoco debemos omitir, en el contexto de creación que se produce bajo esta trama contestataria, la ya existencia de una de las organizaciones feministas más antiguas; la Organización Nacional de Mujeres (NOW), cofundada por Betty Friedan. Con esta organización mantuvieron en sus inicios ciertos vínculos mujeres como K.Millet para posteriormente criticarla por su formalismo liberal. Recordemos que en la «*Mística de la feminidad*», B. Friedan muestra, tal como se desprende de su lectura, sus carencias teóricas y prácticas al intentar solucionar lo que ella llama «el problema que no tiene nombre» —problema de las amas de casa, de la identidad femenina y en definitiva de la desigualdad—, el cual quedaría superado con una simple salida de las mujeres de sus respectivos hogares y con un reconocimiento de la igualdad de oportunidades ante la ley. Sus continuas referencias al individualismo, y al esfuerzo personal que cada mujer tendría que estar dispuesta a realizar, como forma principal de lucha hacia la emancipación, será una de las críticas que le harán las radicales. Críticas que se verán corroboradas cuando la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, lejos de atenuar las desigualdades las profundiza y complejiza o cuando los cambios legislativos pro-derechos mujer no conllevan de forma inmediata y unidireccional una igualdad social entre los sexos, aspectos éstos que evidencian la necesidad de cambios más profundos y de políticas más plurales e imaginativas.

Las pioneras del feminismo radical fueron Charlotte Perkins Gilman, Emma Goldman y Margaret Sanger cuyas actuaciones y argumentos principales giraban en torno a que las mujeres debían tomar un control radical sobre sus cuerpos y sus vidas. Un poco más tarde, las ideas de estas autoras serán retomadas y desarrolladas por lo que hoy en día conocemos como las feministas radicales de los setenta; estas feministas se organizan en diferentes grupos en los últimos años sesenta, y sobre todo en los setenta, en muchas ciudades de los EE.UU. *New York Radical Women* (NYRW) es fundado en 1969 por S. Firestone, Anne Koedt y P. Allen, al que se unirá de inmediato K. Millett y otras mujeres provenientes mayorita-

riamente del movimiento de derechos civiles más que de los partidos de izquierda⁵. Surge como una escisión dentro del amplio movimiento de Nueva Izquierda, tras celebrarse el 1º de Mayo de este mismo año la *Conferencia Nacional para Nuevas Políticas* donde las mujeres y sus planteamientos eran considerados apenas un pequeño apéndice de esta convención, que reunía a un buen número de militantes del denominado *Movement*.

A partir de este momento proliferarán diferentes grupos radicales los cuales se diferenciarán entre ellos por sus prácticas o planteamientos, pero bien es cierto que predominarán las prácticas contraculturales, en las cuáles se observa un grado nada desdeñable de imaginación a la hora de intentar vertebrar socialmente sus propuestas «utópicas»; aunque no siempre alcanzan los resultados esperados por sus protagonistas. Uno de los más sonados de esta época es el SCUM (*Society for Cutting Up Men*), abanderado por Valerie Solanas, que a menudo e injustamente, sólo es recordada por haber disparado sobre Andy Warhol⁶. Por este motivo son muchos los que han cerrado su biografía como la de una «lesbiana peligrosa y vengativa; mentalmente inestable». Sin embargo, cuando se analiza crítica y reflexivamente su vida y su «Manifiesto» se puede concluir que ante todo su vida está marcada por el brillo de la pasión activista y creadora y que ésta finaliza con un maltrato excesivo hacia su persona y hacia su historia, en una de las manifestaciones misóginas, documentadas, más crueles, tal como se demuestra en la película que sobre su vida realiza Mary Harron. Otros grupos de la época son WITCH (*Women's International Terrorist Conspiracy from Hell*) o las REDSTOKINGS (Medias Rojas), ambos grupos fundados en 1968 y ambos expresaban el espíritu sedicioso de la época.

Pero sin lugar a dudas, las principales teóricas de esta corriente radical serán, como ya hemos insinuado, Kate Millett y Shulamith Firestone. Entre sus argumentos principales estaba el de teorizar la opresión de las mujeres no sólo como derivada de factores económicos, de aquí que no sea ni una casualidad ni una ingenuidad que uno de sus lemas principales haya sido «lo personal es político». De esta manera la situación de inferioridad en la cual se degrada la vida de las mujeres se articularía

en la dicotomía sexista masculino-femenino donde no precisamente o exclusivamente primarían las desigualdades económicas, sino que, aspectos psico-sociales y culturales estarían jugando un papel mucho más importante. No es de extrañar pues que, por ejemplo, en las teorías de A. Rich, M. Daly, S. Firestone o K. Millett la tarea principal sea centrarse en los aspectos referentes a la sexualidad y a los procesos de socialización; es decir, analizan aspectos psicológicos, sexuales así como estructuras ideológicas que diferencian a los sexos, a la vez que estarían en la base y en conexión con las vivencias que articulan las desigualdades de género. K. Millett y S. Firestone parten de presupuestos marxistas, y quizás sea por ello que, Millett especialmente, haya influenciado a las feministas socialistas. La primera nos dirá que el sexo es una categoría socio-cultural de carácter político y el patriarcado la institución política mediante la cual el hombre establece su superioridad a través de una compleja relación de poder, que asemeja en cierta manera al análisis foucaultiano del poder; y la otra, S. Firestone, en su famosa obra «La dialéctica del Sexo» explica que toda las opresiones sociales (por raza, por edad, por origen social o nacional etc.) descansan sobre una opresión fundamental; la desigualdad por sexo, que a su vez tendría como consecuencia principal la «experiencia dolorosa de la maternidad». Desde su perspectiva existe una ruptura irreconciliable entre los dos sexos y sólo la revolución feminista, junto con la ecológica, y mediante el control de los avances científicos, y en especial del buen uso de la tecnología, nos conducirían a la liberación y al equilibrio humano.

Desde estos principios las feministas radicales de los setenta se van alejando drásticamente de los análisis marxistas⁷, y será una de las causas principales que las enfrente a las feministas socialistas –y ambas a su vez estarán enfrentadas con las feministas liberales del NOW–. Las socialistas fundamentarán sus análisis mediante una simbiosis del paradigma marxista con aspectos de las causas de la subordinación de las mujeres como la división sexual del trabajo, producción/reproducción etc., en cualquier caso, éste será un enfoque más economicista de las relaciones de supeditación de las mujeres. A través del concepto marxista de clase, y según el cual las mujeres

serían ciudadanas de segunda clase en un capitalismo patriarcal que depende para su sobrevivencia de la explotación de los trabajadores, pero en especial de la explotación de las mujeres, las feministas socialistas elaboran, con ciertos matices de diferencia, la Teoría del Doble Sistema.

El planteamiento general que hace específico el análisis de la subordinación de las mujeres en las radicales es el hecho de que lo hacen desde sus aspectos más psicosociales. Desde esta posición su contribución a la teoría feminista se establece de diferentes modos:

— Crean controversias y conceptos para y desde la cultura de las mujeres, desde la cual se construirían instituciones alternativas que podrían generar un cambio social, un concepto análogo al libertario. Entre las controversias que brotarán de sus análisis cabe destacar las que hacen referencia al sexo/raza, heterosexualidad *versus* homosexualidad, la de placer/peligro o la dialéctica igualdad/diferencia; serán temas en mayor o menor medida desarrollados, pero presentes en sus reflexiones.

— En segundo lugar, el feminismo radical es la primera teoría que reconceptualiza totalmente la realidad desde el punto de vista de las mujeres.

— En tercer lugar, revela que hay oculto un prejuicio masculino en los marcos conceptuales de buena parte del conocimiento y que existen una serie de dualismos que son utilizados (a la vez que producidos e institucionalizados) por la teoría política tradicional, para justificar y mantener la subordinación de las mujeres.

— Por último, señalar que esta teoría trabaja más que ninguna otra, en su momento, por hacer visible lo invisible, trayendo al centro de su discusión la estructura social de género. Las feministas francesas han añadido a esta dimensión la creación de «un nuevo lenguaje de mujeres», una «*écriture féminine*», en el sentido que lo manifiestan las obras de H. Cixous y L. Irigaray.

Según nos adentramos en la década de los setenta el feminismo radical abandona gradualmente el estilo «lineal» y «monológico» de la teoría política, el cual consideran masculino, y se adentran en la exploración del len-

guaje poético y metafórico, aquí sería donde se inscribiría la segunda obra de K. Millet, «*Flying*» publicada en 1976. Si embargo, son raros e infructuosos los logros que produce este nuevo camino, si en este sentido la tradición francófona representada por Nicole Brossard, H. Cixous, L. Irigaray, A. Leclerc o J. Kristeva⁸, consolida toda una línea de pensamiento feminista en su doble vertiente, poética y política, que tendrá fuertes influencias en Italia, en Australia y EE.UU a finales de los ochenta y de los noventa; el nuevo sendero emprendido por las radicales se diluye y desaparece.

Aunque los conceptos radicales serían hoy día difíciles de trasladar en términos de política, desde donde tradicionalmente se ubica lo político, sin embargo reconocemos con Susan Griffin (1981), que sus primeras reflexiones redescubren la realidad de la diferencia sexual en un nuevo lenguaje, y en este sentido es un pensamiento vivo, que puede emerger en cualquier momento o por lo menos no se puede todavía guardar en el baúl de los recuerdos.

En clave de legado: re-escribiendo la realidad.

Stimpson, C. R. en su obra «*Where the Meanings are: Feminism and Cultural Studies*» establece tres períodos en los estudios de las mujeres, el primero sería el que se centra en la crítica del sexismo como uno de los prejuicios en las prácticas sociales y en los campos discursivos. El segundo el que articula la deconstrucción de los sistemas de conocimiento que descansan bajo premisas sexistas. Y el tercer momento, el que teniendo en cuenta la deconstrucción, propone y reconstruye bajo nuevos prismas y conceptos, surgiendo una epistemología de género y nuevos valores éticos, que responderían a la especificidad de la experiencia femenina. El feminismo radical se encontraría en el segundo bloque, siendo el último una fase más actual del feminismo en el que no me adentraré en este artículo.

Otra autora A. Jaggard en «*Feminist Politics and Human Nature*», estructura la producción feminista en los siguientes bloques temáticos;

el primero sería el de una teoría de la naturaleza humana y la subjetividad, que correspondería a las posiciones del feminismo liberal; el segundo el de una filosofía política que adjudica a las marxistas tradicionales; y por último, el de una teoría política del conocimiento o lo que es lo mismo, una nueva epistemología, que correspondería a los planteamientos de las feministas socialistas y de las feministas radicales.

Hay por lo menos un elemento común en los textos feministas radicales, un elemento claramente de pasión intelectual e intensidad vital, y esto ocurre singularmente cuando evidencian el deseo de descubrir, entender y compartir la experiencia de las mujeres, en un sentido común, en «su» lugar único —actualmente sería impensable— y que va más allá de las diferencias de clase, de raza, de estilos de vida, de orientación sexual, de edad que separan a unas mujeres de otras. Sin embargo, en los textos de las feministas lesbianas coetáneas, como el de M. Wittig «*Le corps lesbien*» o el de Jill Johnston «*Lesbian Nation*», ambas tienen como subtexto el trabajo de Mae Brown, emerge una nueva idea de análisis donde la diferencia sexual será el punto de partida.

En los análisis de las feministas radicales más que en cualquier otro pensamiento feminista se articula una teoría de la cultura patriarcal moderna basada en la interacción dialéctica de los modos binarios de pensamiento. Así, para Firestone existe lo científico-tecnológico como masculino y lo estético-artístico como femenino⁹, en oposición asimétrica y dominando lo primero sobre lo segundo. Probablemente este planteamiento dicotómico nos parezca hoy reduccionista y simplista, pero pone de manifiesto la existencia de un círculo infernal en el cual los principios femeninos y masculinos están en oposición, contradiciendo los unos a las otras. Para Firestone la primera y gran diferencia entre hombres y mujeres es la capacidad de procrear que tendrían éstas, la función materna aparece en su análisis como una de las causas principales de opresión de las mujeres, de ahí su necesaria superación la cual se llevaría a cabo mediante el uso y control de las nuevas tecnologías de reproducción. A partir de este esquema los hombres dejarían de tener el control sobre los cuerpos de las mujeres y la humanidad dejaría de vivir en una sociedad caracterizadas por la sumisión de la

sexualidad femenina, mediante su práctica principal: la heterosexualidad monógama. Abogará en último término por una cultura de carácter andrógino.

Este análisis ha tenido consecuencias políticas y emocionales en el movimiento de mujeres; impulsado por este proceso de búsqueda de autodefiniciones, se articula el «separatismo» y la «autonomía del movimiento».

La idea de unir la experiencia personal de una mujer individual con el estatus de todas las mujeres fue nutrida por S. de Beauvoir en los años cuarenta, cuando en su deseo de reflexionar sobre su vida descubre, como una categoría de análisis más general, lo que ella llama «la condición femenina». Esta idea es recogida por el feminismo radical, la idea de alteridad; de que «la mujer» no existe, la mujer es lo «otro», es siempre el polo de oposición definido por lo masculino; de esta manera sólo existe en función de lo masculino¹⁰; esta idea universal de «mujer» será cuestionada por las mujeres de las llamadas «minorías étnicas», que critican al feminismo radical como blanco, de clase media y heterosexual; y es desde esta experiencia (como sujetos posicionados) desde donde estarían re-conceptualizando una realidad de la cual quedarían excluidas las mujeres negras, las lesbianas, las chicanas, etc.¹¹. Para estas teóricas la intención de no ser racistas de las feministas radicales no es más que una trampa discursiva.

El sentimiento de «unidad» y de solidaridad entre mujeres que desarrollan las feministas radicales mediante sus seminarios talleres de «la práctica de toma de conciencia» es el que hace posible retomar el postulado beauvoirano de «lo personal es político», reconociéndose de esta manera la línea relacional que uniría a todas las mujeres, sólo por el hecho de ser mujeres¹². En esta línea, el trabajo de Kate Millett en «*Política Sexual*» aunque se siente deudora de S. de Beauvoir, va más lejos. Millett analiza el patriarcado con el objetivo de entender y explicar el punto de vista de las mujeres, para ella el feminismo es una cuestión filosófica entre la alteridad y la identidad y no una cuestión de «razón instrumental»; así la subjetividad estará en el centro de su análisis. Millett analiza textos filosóficos, literarios, políticos y económicos para reflexionar sobre el patriarcado, el poder masculino, el deseo, el lenguaje de las mujeres y el amor, y denunciar

todo tipo de violencia, incluso la que se ejerce entre mujeres. El feminismo será pues, una cuestión de reformulación en términos de resistencia y poder, así lo afirma en la obra citada:

«La revolución es cambio. No solamente readaptaciones, sino un tipo de transformación emocional profunda que debe tener también lugar dentro de nosotras. Es un modo de vida mejor.»

Este proyecto de cambio, no sólo estaría definido por el pacifismo, frente al mundo masculino regido principalmente por principios militares y monetarios, sino que además tendrían una función privilegiada la función subversiva de la escritura y la creación, del lenguaje como una forma de intervención primordial en la realidad. Sin duda alguna, esta nueva conceptualización de política como resistencia, tiene ecos foucaultianos, y nutrirá los estudios y las prácticas feministas en su empeño de búsqueda de nuevas éticas y gnosologías.

Conclusiones

Después de más de veinticinco años de que surge este movimiento y de la publicación de sus textos, podemos afirmar y compartir la afirmación con teóricas feministas de diferente cuño de que, el feminismo radical de la segunda ola, ha supuesto un hito rupturista en términos de producción de ideas, a la vez que ha supuesto uno de los momentos más apasionados del movimiento feminista. Aunque hoy podamos conceptualizar nuestra realidad —que por otra parte difiere de la que vivían las mujeres en los años setenta— a través de nuevos prismas, sin embargo, y sin temor a la contradicción, podemos también afirmar que los análisis de estas mujeres no han sido superados en su totalidad para dejarlos descansar sosegadamente en los anales de la historia del feminismo. No sólo en términos de memoria histórica son rescatables, sino que en términos de su vigencia son revisables, y por lo tanto útiles; no es de extrañar pues, que sus propuestas «utópicas» sean todavía discutidas en foros feministas, y en los departamentos universitarios más prestigiosos de estudios de mujeres.

NOTAS

¹ Falogocentrismo es un concepto concebido por J. Derrida para referirse al unísono a las prácticas falocéntricas y logocéntricas. De esta manera, sería el modelo de pensamiento y de lenguaje que utiliza el patriarcado, y sería la práctica discursiva diaria en el mundo actual.

² La llamada «primera ola» se refiere al movimiento de mujeres antiesclavista y sufragista que surge en los años veinte y treinta de este siglo.

Aunque también en Francia se manifiesta el llamado «feminismo radical francés» cuyas máximas exponentes ideológicas podrían considerarse Christinne Delphy y Monique Wittig, y por otro lado, y todavía hoy —aunque lleva desarrollándose en los últimos 20 años— también existe el llamado «feminismo cultural» o «feminismo radical», que aglutina a una amplia comunidad de autoras y activistas norteamericanas: Kathleen Barry, Kitty MacKinnon, Andrea Dworkin, Robin Morgan, Florence Rush, Jan Raymond, entre las más destacadas; aquí, en este artículo, tan sólo nos referiremos al «feminismo radical» que surge y se desarrolla durante los años setenta en Norteamérica. Las autoras citadas en esta nota, aunque herederas en buena parte de los planteamientos de K. Millet, centrarán básicamente sus análisis sobre lo que ellas conceptualizan como «políticas de la explotación sexual»; temas como pornografía, acoso sexual, violencia de género, prostitución serán algunos de los temas principales, tanto en sus exposiciones teóricas como en su militancia.

³ Avanzado el siglo XX la teoría psicoanalítica, en concreto la revisión del psicoanálisis freudiano y seguidamente la de los postulados lacanianos, será otro de los pilares teóricos importantes sobre los que se va asentando y diversificando la teoría feminista; casi siempre causando fuertes polémicas en los círculos intelectuales considerados más «vanguardistas», como ocurrirá en Francia con el feminismo de la diferencia sexual.

⁴ Las tres primeras dedican sus obras a S. de Beauvoir; sin duda alguna Beauvoir es la madre simbólica del feminismo radical estadounidense; tanto en la concepción como en el estilo de las tres autoras estadounidenses está presente «El Segundo Sexo», editado en Francia en los años cuarenta. La obra de J. Mitchell se origina y madura en Inglaterra con el florecimiento del llamado «feminismo socialista anglosajón» y, al igual que ocurre en otros países occidentales, crece al margen del movimiento obrero y estudiantil de los sesenta. Mitchell criticará los análisis de Firestone integrando a los postulados marxistas los psicoanalistas. Además de esta autora se consideran «feministas socialistas» a I. Young, Z. Eisenstein, H. Hartmann, S. Rowbothan, G. Lerner etc., en edición castellana se puede encontrar el conjunto de artículos compilados por Eisenstein, Z. Bajo el título «Patriarcado capitalista y feminismo socialista».

⁵ A principios de los años 70 será Susan Brownmiller quien continúe el liderazgo de NYRW, centrando su trabajo contra la violación y en general contra la violencia a las mujeres. S. Firestone una vez publicado su famoso libro, a la edad de 26 años, se retira del movimiento de mujeres como consecuencia de la evolución —conservadora— de los grupos de mujeres; muchas de estas mujeres pasan a engrosar las filas del NOW o del llamado «feminismo cultural».

⁶ Su historia ha sido llevada al cine recientemente por la directora Mary Harron, y ha sido estrenada en 1997 en la cartelera española con el título «Yo disparé a Andy Warhol».

⁷ Sobre todo no aceptarán y harán duras críticas a la instrumentalización que las organizaciones marxistas hacían del feminismo. Tampoco aceptaban la concepción de los partidos de izquierda de que la subordinación de las mujeres fuera una mera consecuencia del sistema opresivo capitalista, así que se definirán como un movimiento autónomo, anti-racista, anti-capitalista y anti-supremacía masculina, siendo éste último, en mi opinión, el punto central en sus estrategias políticas, aunque en un principio bajo el impacto de la izquierda y el contexto radicalizado de la sociedad norteamericana producido por la guerra del Vietnam, pensarán que el feminismo tiene el potencial suficiente para deteriorar al sistema capitalista hasta su agonía final.

En EE.UU debido a la debilidad de las organizaciones marxistas se implanta y se consolida más el feminismo radical, mientras que en los países de la Europa occidental, la mayor presencia de una tradición materialista, hace que, aunque con resultados muy diferentes entre países, se siga más la tradición del feminismo socialista.

⁸ Recordemos que el feminismo francés de la diferencia en su búsqueda de «lo femenino negado» se desarrolla estableciendo puentes, aunque no siempre complacientes, con los llamados autores posmodernos y posestructuralistas Derrida, Lyotard, Foucault, Deleuze o Barthes; articulándose a través de una línea intelectual más autorreferencial pero sin duda más consolidada.

⁹ Muchas autoras ven en el análisis que hace Firestone sobre el papel de la tecnología una visión muy acertada del impacto que la revolución biotecnológica de la década de los ochenta ha tenido (tiene) sobre la vida de las mujeres.

¹⁰ La subjetividad femenina es hoy teorizada desde posturas más positivas, como sujetos activos que están promoviendo y protagonizando los cambios sociales más importantes del siglo.

¹¹ Ver para ello las obras de: Audre Lorde, Angela Davis, Barbara Smith o Alice Walker, dentro de la tradición de la «Black Feminist Theory»; Cherríe Moraga y Anzaldúa en la más reciente «Hispanic Feminist Theory» o Spivak, profesora de humanidades en la Universidad de Columbia, en la tradición del feminismo anticolonialista y antiimperialista.

¹² Este será uno de los puntos que desmitificará el feminismo francés de la diferencia, y posteriormente el feminismo posmoderno, revisando el contexto en el que se produce el concepto y la práctica de la «igualdad», que para algunas autoras supone una vez más arriesgarse a alcanzar una nueva invisibilidad: «igual a e indistintas de los hombres».

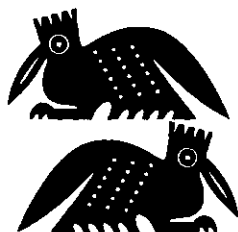
BIBLIOGRAFÍA

- BRAIDOTTI, R. (1991): *Patterns of Dissonance: A Study of Women in Contemporary Philosophy*, Londres, Polity Press.
- BARRY, K. (1987): *Esclavitud sexual de la mujer*, Barcelona, La Sal.
- BROWNMILLER, S. (1975): *Against Our Will: Men, Women and Rape*, Nueva York, Simon & Schuster.
- CIXOUS, H. (1995): *La risa de la Medusa: ensayos sobre la escritura*, Madrid, Anthropos.
- DALY, M. (1978): *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Boston, Beacon.
- DAVIS, A. (1981): *Women, Race and Class*, Nueva York, Random House.
- DE BEAUVOIR, S. (1972): *El Segundo Sexo*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- DE LAURETIS, T. (ed.), (1986): *Feminist Studies: Critical Studies*, Bloomington, IN, Indiana University Press.
- DELPHY, Ch. (1982): *Por un feminismo materialista: el enemigo principal y otros textos*, Barcelona, La Sal.
- DWORKIN, A. (1981): *Pornography: Men possessing Women*, Nueva York, Putnam.
- EINSENSTEIN, Z. (Comp.), (1980): *Patriarcado capitalista y feminismo socialista*, Madrid, Siglo XXI.
- EISENSTEIN, H. (1983): *Contemporary Feminist Thought*, Boston, Barbara Haber Series Editor.
- ENGELS, F. (1970): *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Buenos Aires, Claridad.
- FEDER, E.K., RAWLINSON, M.C. y ZAKIN, E. (1997): *Derrida and Feminism: Recasting the Question of Woman*, Nueva York y Londres, Routledge.
- FIRESTONE, S. (1977): *La Dialéctica del Sexo*, Barcelona, Kairós.
- FOX KELLER, E. (1989): *Reflexiones sobre género y ciencia*, Edicions Alfons el Magnànim, Generalitat Valenciana.
- FRASER, N. y NICHOLSON, L. (1993): «Social Criticism without Philosophy: An Encounter between Feminism and Postmodernism», in *Postmodernism: A Reader*, Docherty, T. (ed.), Harvester Wheatsheaf, Cambridge, University Press.
- FRIEDAN, B. (1974): *La Mística de la Femenidad*, Gijón, Jucar.
- GILMAN, Ch. P. (1987): *El país de ellos*, Barcelona, La Sal.
- GOLDMAN, E. (1977): *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*, Barcelona, Anagrama.
- GRIFFIN, S. (1981): *Pornography and Silence: Culture's revenge against Nature*, Nueva York, Harper&Row.
- IRIGARAY, L. (1978): *Speculum de la otra mujer*, Madrid, Saltés.
- (1982): *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés.
- JAGGAR, A. (1983): *Feminist Politics and Human Nature*, Nueva York, Rowman and Allanheld, Totowa.
- JOHNSON, J. (1973): *Lesbian Nation*, Nueva York.
- KOLLONTAI, A. (1976): *Marxismo y revolución sexual*, Madrid, Miguel Castellote.
- LANDRY, D. y MCLEAN, G. (1996): *Selected Works of Gayatry Chakravorty Spivak*, Nueva York y Londres, Routledge.
- LECLERC, A. (1974): *Parole de Femme*, París, Grasset.
- LORD, A. (1982): *Zami*, Londres, Sheba.
- MEAD, M. (1976): *Macho y hembra*, Buenos Aires, Alla.
- MILLET, K. (1975): *Política Sexual*, México, Aguilar.
- MITCHELL, J. (1971): *Woman's State*, Harmondsworth: Londres, Penguin.
- (1975): *La liberación de la mujer: la larga lucha*, Barcelona, Anagrama.

- MORAGA, C. y ANZALDÚA, G. (1981): *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Watertown, MA, Persephone.
- MORGAN, R. (1977): *Going Too Far: the personal Chronicle of a Feminist*, Nueva York, Random House.
- (Coord.), (1993): *Mujeres del mundo: atlas de la situación femenina*, Madrid, Hacer.
- RAYMOND, J. (1982): *A Geneology of Female Friendship*, Trivia 1, pp.5-26.
- RICH, A. (1979): *On Lies, Secrets and Silences*, Nueva York, Norton.
- RÓWBOTHAN, S. (1977): *Mundo de hombre, conciencia de mujer*, Madrid, Debate.
- SMITH, B. (1980): *Toward a Black Feminist Criticism*, Out and Out Books, Nueva York, Trumansburg.
- SOLANAS, V. (1996): «SCUM Manifesto» in *I Shot Andy Warhol* by Harron and Minahan, Londres, Blonnsbury.
- STIMPSON, K.R. (1989): *Where the Meanings Are: Feminism and Cultural Studies*. Nueva York, Routledge, Chapman & Hall.
- WALKER, A. (1983): *In Search of Our Mother's Gardens*, Nueva Yor, Harcourt Brace Jovanovith.
- WITTIG, M. (1969): *Les Gèrillères*, París, Minuit.
- (1977): *El cuerpo lesbiano*, Valencia, Pre-textos.

Sociology • the Social Sciences

.....
2 BIRDS IN THE HAND



**If one bird in the hand is worth two in the bush ...
Our two sources are invaluable
... and right at your fingertips.**

For current thought and research in sociology and the
social sciences, consult

sociological abstracts (sa)

and

Social Planning/Policy & Development Abstracts (SOPODA)

Abstracts of articles, books and conference papers from more than 2,500 journals published in 35 countries; citations of relevant dissertations and book and other media reviews.

Comprehensive, cost-effective, timely.

Available in print or electronically through the Internet Database Service (www.csa.com).
Contact sales@csa.com for a trial Internet access or a sample issue.



sociological abstracts

Published by Cambridge Scientific Abstracts

7200 Wisconsin Avenue • Bethesda, Maryland 20814 • USA
+1 301-961-6700 • Fax: +1 301-961-6720 • E-mail: sales@csa.com